

Corazón Salvaje

Juan José Cabedo Torres

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

*En tot leig fet hagué lo cor salvatge solament diu que bon
guardó no.m fall.
(Ausias March)*

Estoy plenamente convencido de que todo ser humano, desde la cuna hasta la tumba, mantiene la inquietud de encontrar por lo menos a otro ser humano ante quien pueda despojarse de toda falsedad y subterfugios, confiando que aquella persona no va a herirle porque esa persona también se ha despojado de lo mismo.
(A. A.)

Un mar sin orillas conversa en soledad con los astros inmolados a los bulevares de la noche; bajo el dorso brutal del tsunami los crustáceos indagan el pulso adelgazado de las algas.

La playa de arenas dormidas acoge el vientre inverso del pesquero escorado en la espuma de cieno y magma como el lomo agonizante y puro de un magnífico cetáceo.

No lejos de allí, sobre la corona de madera vieja que deslinda la baranda, se entretienen las guirnaldas que acunaron los pechos morenos de las muchachas, entre silencios de astrolabio y rimmel de pestañas.

Hay llanuras de azules avenidas que desconocen el flujo de las mareas, y es que, en las ciudades soñadas, los edificios que enciende el ocaso se desangran por las alcantarillas rubias de melenas y ombligos mecánicos.

No hay urgencia en la sajadura con que las uñas destrenzan los rayos asolados de la luna, no hay deseo en las sombras que circuncidan el alinde inextricable de los geranios, no hay nostalgia de los patios en los faros de los coches patrulla; fuera, el temblor de la escarcha acecha las caderas embriagadas de los budas tronados.

La playa negra de arenas dormidas ignora la desnudez radical de algunos naufragios, y junto a los pecios enmohecidos de los paquebotes enraman, en sutil armonía, las cadenas de bacterias, el ADN de los ácaros y el limo dorado que arrancó la nieve de los manantiales.

El mendigo que amontona embalajes y escudriña el cableado es capaz de asombrar en el mismo fucilazo el remolino ingrátido que hiela las vitrinas, los neones de nafta y el cruel tintineo de los vasos.

De madrugada, algunos cuerpos entrelineados se espejan en los charcos; de madrugada las yemas se cierran al límite del dermatoesqueleto; de madrugada la claridad susurra ojales de piel y esperma, estrofas incompletas y canciones tiznadas.

❖ ❖ ❖

Dónde la crispación de las aceras, dónde el viento que enamora los bigotes rizados de los ángeles, dónde la escarcha que asombra la luz demediada de la luna.

Las muchachas humedecen sus faldas en las orillas de la tarde, y el niño entierra junto al aligustre el cofre donde resplandecen, como un cuchillo de niebla verde, los secretos de los parques.

El tiempo se comprime en una superficie mansa donde flotan las manos delicadas del compañero de pupitre, o el tedio tembloroso de las horas en el polvo encendido de los desvanes, el aroma acre de la mantequilla rancia, también el alambre que tatúa en los huesos el gusto amargo y frío del tabaco.

Vivir, en realidad, se vive para poder decir algún que otro exceso. Verbigracia: cualquier martes los servicios municipales me echarán como sin ganas al dragón de la basura.

Mientras tanto se vive para determinar cuánta ingenuidad cabe en las playas sin crepúsculo, cuánta luz le niegan a las manos los abismos celestiales.

Vivir, en definitiva, para vivir, o para indagar en qué intrincados laberintos palpita el surco donde los cuerpos ahorman las laderas del agua.



Tiembla el ojo, tiembla la pestaña como un latido brutal en la luz cruel de primavera. Es el palpito que arrastra los cuerpos a la disolución en el perfume dorado del otoño.

Tú, a veces, caminas a ciegas, evanescente e ingrávida como la caricia del viento. Los pies sobrevuelan el suelo huidizo de peces transparentes, se derraman en anillos vegetales como dedos abstractos.

No alcanza la furia el fondo del estanque; no hay selvas ni enjambres donde reiniciar el vuelo. Nadie compite con la voracidad de las caracolas, nadie vislumbra la eternidad del musgo tendido al Norte de las cancelas.

Sólo el amor restalla como un rayo de luna sobre la coronilla de los muertos, sólo un cuerpo es capaz de susurrarle a otro cuerpo: Más allá del limo de los esteros, los faros no sueñan con los muslos de las ninfas, las gorras de los sastres no cuelgan de las ramas de los abedules.

Sí, es cierto, la mayor parte del tiempo - ¿el tiempo? ¿qué tiempo? - sólo está ahí para decir Te amo. Y añadir Te amo como la grulla ama la luz de la mañana asperjada de deseo. Quizás sea mejor decir Te amo, sin imágenes, sólo con palabras adelgazadas y exhaustas tras el viaje de ida y vuelta a lo infame.

Detrás de las cosas, siempre el imposible silencio que ciega la pupila para que el ojo se centre en el envés del espejo, donde el contorno irregular de un sol negro emerge con la liviana placidez de los sueños.



El grito es saberse repentinamente solo en el borde de las cosas. La soledad más profunda se alcanza al quebrar el difícil equilibrio de los labios con el beso de las mareas. Yo, cualquiera de ellos, en el límite de la vida devengo cristal puro o vidriera innecesariamente lúcida.

La calima turbia de leche y miel, también un humo dulzón y acre, como de ramas recién cortadas, delatan las grietas de las que emanan los sueños. Mientras el ojo inmóvil de los muertos envidia la fugacidad de los durmientes, el cuerpo ingrátido se diluye en la bruma detenida.

Resplandece en lo alto la rebeldía del círculo, también el amor como atisbo de lo eterno, de un tiempo que no es raíz, ni piedra, ni ciervo. Sólo el hombre es edad que niega la plenitud de la muerte, sólo las agujas de los relojes desgranán hilo a hilo el aroma de limones recién cortados que exhalan los cuerpos cálidos abiertos a otros cuerpos.

La conversación en torno a la mesa camilla exilia más que un atardecer lluvioso de primavera. Alguien de quien sólo veo la espalda curvada sobre el banco de carpintero talla en la penumbra el rostro que tendré cuando el pecho poroso ya no trasmite el aire perfumado de los parques, cuando la lengua fría ya no diga ni con el envés más prudente del alma: Fuimos amantes en años de luna podrida, cuando ya no sienta el mundo en los dedos voluptuosos, y un tanto escépticos, que me brotarán sin remedio de las manos degolladas, cuando piense en los huesos: Tanto vivido, tanto por vivir para empezar de nuevo deshilachado y tenue como un hueso de sepia.

❖ ❖ ❖

Vivir bajo el ojo del padre, que multiplica la pupila enjambrada en los alféizares,
o morir en soledad bajo el dedo de Dios.

That is the question

Conviene, en cualquier caso, despegar una a una las capas del sufrimiento, durante los tediosos domingos de la muerte, por ejemplo, y comprobar de nuevo que el dolor es escarcha exangüe o bulbo invertebrado incapaz de restañar el llanto de los dinteles.

❖ ❖ ❖

También yo escucho las conversaciones de los árboles veladas tras el rebufo de los autobuses, también yo atiendo el susurro de los rosales y el silbido subterráneo de las sirenas, también yo percibo el canto silencioso de la hierba que amusga los frenazos de los taxis, la música callada que exhuma los misteriosos mandalas del asfalto.

Sí, también yo acaricio en la mandíbula la mirada fresca y flexible del boj. Los setos escrutan a hurtadillas el rumbo de mis pasos jalonados de farolas amarillas, pasquines de autoayuda y multicentros de toxicómanos reciclados.

El otoño dora las hojas que el olmo me derrama en la clavícula - ¿o es la primavera? - A estas alturas el cerebro ha extraviado la base de datos que constata el tránsito de las estaciones.

❖ ❖ ❖

Qué pensar cuando la crema hidratante se yergue sobre la piel animada en la gusanera del sueño.

Qué decir cuando los dedos cortan la duermevela nebulosa con cuchillos de cristal y uñas de agua.

Cómo retener las membranas que me abrazan el cuerpo al tronco de los naranjos.



Qué extraño desafecto el de los seres abisales, qué majestuosa soledad pasea la lamprea bajo las aguas tan lentas como la limpia tersura de sus puentes.

El pez espada inmoviliza en el ojo las escarpaduras submarinas. Arriba, la luz alumbra las ramas; más arriba aún la brisa araña el azul destintado del cielo; en el tercer círculo rinocerontes borrachos cantan canciones de niebla sobre el cerco crujiente del ocaso.

La sombra vuelve a la sombra y nada se estremece. El sol traza implacable su órbita y las estrellas, sin desdeñarse su destino, pugnan inútilmente por besar-se.

Nadie despierta las venas al aire salobre de los lirios, nadie anuncia el alba sexual de los gladiolos, nadie añora la caricia de la tierra en la piel transparente de los labios, nadie desgozna el eje que acompasa los equinoccios.

A veces sólo fulguran en la noche los ojos vidriados por las lunas de mayo, a veces la nariz diminuta y exangüe marca la periferia de los escaparates con más eficacia que un reguero de orines.

Duermen en el fango -¿dónde si no?- las vidas no vividas. Aguardan su turno para desperezar las alas en la región sin límites de la muerte. La princesa, por su parte, simula el desmayo. Piensa tras los párpados que, si pudiera elegir, preferiría que le deshojara la mejilla una hortensia azulada.

Reposan los dedos en el filo de la noche como gusanos de seda cansados de destejer los esquinazos. Es patética la tristeza del payaso, que espolvorea el encofrado mientras su corazón ríe, es falso que el poeta escriba los jueves, o en el envés de las jambas

Disculpadme, pero me urge evacuar.

❖ ❖ ❖

La luz que irradian los cuerpos engendra los meandros del delta. La luna recuesta el vientre sobre la línea quebrada de los árboles, y en la ladera dormida del estero rezuma el azul de las bahías.

El topo en su topera, también el pájaro carpintero que sobrevuela los cayos, se preguntan cuántos estratos de piel es capaz de absorber la música del alma.

El confín de algunas cabezas no es el cabello parado en el rigor de las cables, sino los herrajes de un bargueño que cuelga boca abajo del alero. En la isla de los pelícanos termina la migración de las garzas; el arrecife descarga las pupilas en los agujeros negros de la madrugada.

Hay pasillos circulares de puertas reclinadas, y crueles laberintos de cañerías obtusas. La disyunción planea sobre las coronillas abiertas, los exvotos abisman la ternura de las algas con redes de aguamarina y nudos de fragata.

El niño salta sobre un pie, ahora sobre el otro, pero la pelota se cuelga del cielo, diminuta e inasible como el dedo ensangrentado que barrena la tierra.



- ¿Sufres?
- Lo normal, teniendo en cuenta que soy el protagonista.
- Más bien el deuteragonista.
- Pues eso.



Cuando yazga en la arena y el guerrero sin facciones camine sobre las huellas tibias, cuando el envés de unas manos cercenadas depositen bajo la lengua la moneda de plata, recordadme que sólo me está permitido regresar a la orilla las noches de luna otomana.

Dice la Ley que cubriréis mi cara con una gasa. Pero antes de ocultarme el mundo, aseguraos de que el canto que estridula la cigarra no emana del pálido temblor de mis labios susurrando entre las raíces la canción del centeno.

Si lo escucháis como un mador humedeciendo el bozo, dejadlos insepultos: Taponad las fosas nasales con algodón perfumado y aflojad los vendajes del cráneo, que los huesos porosos descifren el silbo del aire. Luego, obviad el ritual y abrazadme.

Yo, por mi parte, desmadejado en el baptisterio de ocho ábsides, me afanaré en atrapar con las pestañas el polvo sagrado que exhalan los ladrillos. Muy cerca, en la tumba de la palabra, el alba siempre contradice la dirección de la elipse sobre las ramas más altas.

De Oeste a Este la plegaria es un grito arañando la pureza del cielo. Abajo se hace rumor blanco donde sólo aletea la irisación de los mirtos y el candor de las bisagras.

El mar fosiliza la llanura. En los cementerios de columnas estriadas se yerguen de profundis las arcillas como islas intactas. Es la estación de las arañas, donde la exuberancia de la primavera oxida los engranajes de las máquinas.

Hasta más allá de la muerte nadie sabe si le han tocado vivir años de luna plana, nadie recuerda si en otro tiempo ya amó las estrellas descabaladas a despecho de los teoremas y de la mecánica cuántica, ningún durmiente adivina si el cambio de piel, o la inmersión en el cauce de niebla y sueño cierra el círculo o simplemente esparce en el barro el arco táctil de la mirada.



Entra el mundo por los portillos del alma, cielo y mar en síntesis de asombro. El mar encrespa la espuma, el cielo anega el mediodía. Mar y cielo desaguan en el aire el caudal de sombras estibadas tras los tinglados.

La farsa de la succión es determinar si el corazón megua en cuartos o crece en fases, también preguntar al desgaire qué feromona se expande en las llanuras onduladas, cuántas adicciones se refugian en la umbría de los vados.

Nadie sabe nada, nadie conoce a nadie, pero a algunos complace averiguar la naturaleza de las jaurías que se disputan la dársena o el nivel de vanidad que empaña la delirante geometría del cuarzo.

El cuerpo se esponja más fácilmente en las ensenadas, y es que la curva de las bahías ahueca en los huesos una constelación de anhelos y espadas truncadas donde la luz vertical anida al compás de las escamas.

No es fácil llegar a viejo cuando el símbolo de la vida es un manzano semioculto en el patio, cuando no hay más guía para el romero que una realidad no visible a liebres y bancarios, cuando la nostalgia se disfraza los jueves de ladera nevada, y los martes de zodiaco en el cobalto amarillento de la madrugada.

Las sienas tiznadas de oscuro delatan el gozoso tormento de haber escrutado la espalda adormecida de la noche. Palacios soñados de finos minaretes, jardines ingravidos, cúpulas de enigmáticos mosaicos acarician el polisón de la tarde mientras en el otro costado Shiva reproduce hasta la náusea sus abluciones tronadas de dios asiático.



La araña, la paloma, el gato, siluetas en la penumbra alfombrada de un templo sin imágenes. La realidad visible se alarga en sombra. De la cúpula brotan las cuatro columnas volátiles, o una humilde violeta de plástico sobre el hule de la fonda.

Son pocas las heridas de las pieles infantiles comparadas con los surcos de las manos. A veces un estertor proclama en el centro del cerebro: No te encierra el espacio comprendido entre el zapato y el sombrero.

De siempre me llaman las raíces con su voz ronca de olivo, de siempre el canto emerge oscuro y húmedo como tierra en barbecho. De madrugada se adelgaza en un susurro angelical y terco, como una trailla de puentes inversos.

Entrever la vida desde la cerradura siempre es preferible a la muerte por aplastamiento en los cuellos innobles de las botellas. Dicen que son muchos los jardines velados a la mirada, y que es locura trepar las verjas para vislumbrar al otro lado la inextricable danza de las hogueras.

Dos claves para una existencia de maravilla, dos enigmas de juventud plena, dos aforismos para triunfar en la vida, haz y envés de la misma moneda:

A) Todo aquello que puede decirse, se puede decir con claridad;

B) Sobre aquello de lo que no podemos hablar, mejor es guardar silencio.

Las caras del Diablo en la tersura del mármol se corresponden milimétricamente con el rostro de Dios en los posos del café turco. Los secretos del universo yacen olvidados en cualquier parte: tras el azulejo rajado del cuarto de baño, bajo la pátina del tiempo, en el azogue envejecido de las lunas.



Sólo la tierra engendrada en el aliento flota sobre las aguas como un archipiélago alineado con las migraciones.

Los sueños reblandecen sus bordes cuando limitan con la nada, o descienden suavemente, como nervaduras reseca, sobre el perfil de la huella que vacía la marea.

Algunos cuerpos de escasa encarnadura se alimentan de materia celeste: Ascienden a la bóveda por las claraboyas y se posan mansamente en la hierba que azula el envés de los lirios.

Inexplicable y súbito en la sombra se inflama el contorno luminoso de tu pecho.

Desciende al verso la palabra exhausta, cae a plomo el verbo, enredado en la luz que ya no recorta las rígidas siluetas de Pérgamo. Después, sólo el silencio ahuecado desde dentro, y un susurro que escande las sílabas del conjuro.

Nadie aplaca la vocación aérea de los huesos, nadie abre las venas a la noche, nadie absorbe la negrura refugiada en los laberintos sino el amor, ese placebo.



Siempre preferiste la claridad a la calígene que engendran los topos. La luz de este mundo brota en los delgados hilos que ascienden del fango como una cabellera de limo y algas mecida por el inesperado azar de las corrientes.

Quizás por ello, antes de que se te posaran en el pelo innumerables runas de neuronas y mastabas, buscaste en la intuición de otros cuerpos la dulzura vegetal desleída en el segundo barniz de los violonchelos, o en los pliegues amarillos de las cortinas, o en los poros agazapados tras el canto de los espejos.

Aire y fuego en la mirada. El durmiente inverso que recuesta la nuca en la playa traza con su perfil de cielo un cabo de oscuras guirnaldas. Un fragor de diminutas patas escapa de la nuca y se adentra en la espuma que recorta la línea otomana de la luna.

Oír el mundo significa transparentarse en las hojas que dispersa el verdor polifónico de la luz silente, o explorar las sucesivas capas de universo que el tiempo arrumba en el tronco de los sauces.

Rumores cóncavos como alucinaciones químicas resuenan en el cráneo del desterrado. Sin duda te propusiste vivir con el sol en la frente, pero olvidaste a la doncella de senos cenicientos: ella aún te espera en el recodo del sendero que bordea la muralla.

Ella, como tú, renace de las aguas; ella, como tú, desagua por la oreja el cóctel de piperment y masa encefálica que le remueven en el cráneo los dioses de la insania.

Cada ángulo, cada hebra, cada médula están habitados a partes iguales de instinto y luz negra. En los átomos se conforma ya la disposición más caótica de la vida.

No hay campanas ni arpegios en la llanura ondulada, sólo el surco interminable y romo que se une a otro surco para alcanzar el estero donde tiritita la escarcha.

❖ ❖ ❖

Hay luces que no proyectan sombras en el muro, hay claridades que humedecen la hiedra de los conventos, he visto un resplandor que brota de los huesos como un destello que nace de la lluvia.

Desciende la sílaba incendiada como un candor siniestro. Los dioses, entretanto, ajenos a brazos y gargantas, desarraigan la higuera por la que ascienden las muchachas desencarnadas.

Perdida en el aire tibio que agita las ramas como un temblor absurdo de amapolas gigantes, te disuelves en los rayos del poniente, que cruje sobre los cerros como el musgo de las lápidas.

Descansa el otoño. Una confusa lejanía de hierros y montañas reverbera en el silbo ensortijado de la tarde.

Otro mediodía abre las jambas: alas de juventud, dulces cantos que ahueca una inmensa mano en los marcos de las ventanas.



El cuerpo emerge del no como una vasta irisación de orquídeas. Muda la piel su silenciosa cadencia y atrapa en el alma el velo amarillo de la nieve.

En el aire no respirado de la infancia flotan aún los despojos invisibles de un mundo soñado. El afán de los pecios es nostalgia de una improbable armonía o proyección delicada de las hogueras celestes.

El espíritu del árbol discierne las íntimas pulsiones; refleja la brisa el reverso de la furia. Mientras, ajeno a los afanes de los hombres, el río fluye ineluctable hacia el abismo, como un curso enloquecido de esmeraldas místicas.

Es el cuerpo singular instrumento donde resuena el mundo. Al Norte lo limita el aura como una calavera sonora, como un misterioso arpegio donde confluyen el curso de los astros y el eco del cadáver insepulto que se abrasa al Sur furioso de alacranes y vidrios.

La luz combada sobre el horizonte vacía la bóveda de estrellas. Recostada sobre la línea pálida que desdibujan las salinas, sólo la luna, sutil como una huella en el vaso, sólo la noche, delicada como el trasluz de las nervaduras.



Cómo respiran los sueños el aire transparente de la tarde, dónde se enamora el azogue de las escalas musicales, quién escucha los pasos de la muerte en el minueto, qué espiral asciende de los arpeggios cuando el sol enrojece la calima de los pantanos.

El patio oculta a la mirada la ofrenda del magnolio: flores como cirios y raíces de candelabro a los pies agrietados de los dioses.

Recuesta el alma su melena de seda en la arena del vado, fatigan los cabellos la corriente azulada de luna. No hay distancia que atempere el ardor del esqueleto ni antífona que sosiegue la bisectriz del delirio.

Cuando el viento alarga el tallo de las espadañas, el pensamiento camina uno o dos pasos detrás del cráneo, como una estela vagarosa de mitos primordiales.

El mundo se adelgaza inevitable en la palabra. Es cierto que cada sílaba obvia lo superfluo, pero qué difícil es decir con el cuerpo: «Si algo ha de palpitar entre los huesos será la sombra de la rama que desdobra su arrullo en la pupila inmóvil de los ciervos.»

Tanto amado, tanto por amar, aquí y ahora, convocado en la mano tendida hacia el sintiempo. Aletea el corazón por ver de enredar las venas al aire de otro cuerpo, pero el fulgor siempre se derrama hacia dentro, hacia el centro de los archipiélagos.

Dicen que todo está en todo. Así parece cuando la piel se resquebraja en filamentos y funde el ser los límites del universo: hermano pájaro, hermano sol, hermana ardilla. La calmante impostura, la difícil unidad de lo disperso.



La música despierta el temblor de la ceniza que descarna pacientemente las últimas calaveras. El manto constelado de estrellas descansa en la espalda de los cedros.

El deseo cabalga mares de hojalata bajo la espuma de las horas. Mientras, el barro acoge las hojas que nunca serán limo de otoño o pálido albero de rosaleda.

Planea el milano el azul dormido en el perfil de las encinas. Ninguna nube innecesaria ahueca la tersura del cielo en la charca. El silencio, en el nadir de lo inverso, despierta la conversación de las raíces y la sigilosa geometría de la arena.

La noche repliega las alas con airoso cansancio. Un pedazo menor de negrura trepa la sogá y entinta la roldana. La playa clarea en gris turquesa, y el alba, a lo lejos, reclama un horizonte de rododendros y algas.

Es locura expresar lo inexpresable. Sin duda. Pero no hay nada en mí que no esté antes en la palabra declamada sobre el acantilado o intuita en las dunas a las que se adhieren, como un líquen antiguo, los desangelados ectoplasmas.

Penden de las ramas los jirones de las túnicas, indefensos como cándidos exvotos al numen de lo verde. El ciclo se alimenta de sangre de titanes y masa encefálica. Por ellos la tierra entabre los labios y acaricia la melena del sauce con su mano tierna, levemente agusanada.

Cuando el soplo usurpa la pupila inmóvil de los muertos brotan de las sombras los cuerpos que una vez amamos, tal vez aquellos que amaremos. Unos y otros giran demasiado livianos incluso en la ingravidez del sueño.



Los signos que vomitan las gárgolas se hacen lluvia de febrero o nostalgia de la nieve en el cuello de las caravanas.

Algunas hornacinas son toda una lección de entomología simbólica: Los gusanos de la seda se encierran en su propia baba, pero la abeja teje el desconcierto con polen de romero y salvia.

Algunos seres nacen con una epidermis más delgada. Sus almas se enredan sin remedio en los cráneos subterráneos que abomban las aceras. Los cuerpos que trepan por sí mismos imitan a las ramas cuando despliegan los omoplatos en el horcajo de una acacia.

La soledad presta siete capas de piel con áreas vulnerables a las pequeñas cosas. Sin aire, sin fuego, sólo tierra y agua, el pantano es el manglar donde se descomponen los espíritus maduros para la muerte. Seres delirantes dibujan en los ábsides el perfil de las ciudades que restañan al alba las incisiones nocturnas.

La presencia completa el negativo de otras vidas, de la misma forma que el anillo es pozo invertido o relámpago de la batalla en los bosques normandos. En el reverso de la tierra, siluetas de dólmenes brumosos. En el puente de niebla las Daenas sin rostro cantan: Oh, sí, ven a mí, dulce amado.

Indagar no es abrir los ojos a las cosas sino descerrarlos al flujo primordial que deslíe los cuerpos. Dicen que para vivir es imprescindible desasirse de los anhelos, dicen que los ancianos ya no espían el baño de las muchachas, dicen que sólo el iluso alarga el paso cuando a lo lejos arranca el tren de cercanías.



El sol disminuido en luna alumbra los pasos de las estrellas abrumadas de espacio. Los durmientes abren los ojos y observan en el hueco de los árboles el liquen donde arraigan las más delirantes certezas.

A veces la luz brota de las huellas con irisaciones de caracola, de flor, de pluma, como si un dedo de fuego trazara en el mármol los límites de la senda.

Oculto en la maleza la pantera se hace lentamente un pedazo ingrátido de noche. El cazador abraza los troncos enrojecidos por el viento y siente en la médula los ecos aplazados de la savia fresca. El cazador escruta el horizonte violáceo y piensa: Bajo la luz del ocaso la realidad visible es más bella que en mis párpados.

La luz es Dios o un visillo dorado capaz de armonizarlos matices que las ramas modulan en el bosque. La luz es Dios o el sedimento que depositan las atmósferas en el haz brillante de las espadas.

Sólo el deseo retiene la carne junto a los huesos que vislumbraron en la infancia el resplandor de otros mundos. Sólo el fulgor que emerge de las entrañas agrieta la superficie plomiza de los lagos. Con un impulso simétrico de péndulo las fuerzas de la noche vacían la sangre de las venas; el siguiente golpe arrastra a las arterias un fluido de ceniza y algas.



Del sexo, por el vientre, al corazón. Del pecho, por los huesos, al cerebro, y vuelta al sexo. Es el camino recto. De la cabeza al pecho, por la nuca. Del corazón al vientre por el sexo. El camino inverso.

El círculo se cierra en anillo de invisibles coordenadas, se resuelve en cinta de Moebius. No hay principio, no hay fin. Dentro es arriba, fuera es invierno.

Es ilusión querer percibir el mundo a través de cuerpos ajenos; la única certeza que enseñan otras pieles es la caricia del aliento en la soledad de los dedos.

Escribir la palabra más sencilla, «silencio» por ejemplo implica admitir que la plenitud depende del orden de las letras en el verso:

*el cielo plumizo apenas recorta la cresta ennegrecida de los rascacielos;
el mar clarea los vértices de la noche, del naranja al amarillo;
las sirenas aúllan en las cornisas de los falansterios.*

No hay límites en la otredad ni matices en el negro de unos ojos vueltos hacia dentro: De las tinieblas al vientre oscuro de las nubes, del gris perla al perfil del caballo en el tablero, de la escarcha al rocío de los prados azules por donde se abre paso el barco inverso, la quilla al cielo, sombría y nebulosa como una lejana tarde de verano.

La vida es el único absoluto, la singular contradicción, la totalidad que trasciende el esqueleto. Negarle las alas al ángel (¿cuándo los ángeles tuvieron alas, por cierto?) es nostalgia del paraíso, añoranza de la muerte, silencio, sólo silencio turbio y negro.

❖ ❖ ❖

Quien aguanta el aire hasta el límite de la asfixia aprende a trenzar el tiempo que convoca el resplandor transfigurado de las torres. Quien espira al mundo la espuma de las rocas, simplifica en la vida la alquimia de la muerte. El cuerpo, en definitiva, no es más que la parte del espíritu que intima con el universo.

Una vez vi el cielo del que venimos: es una bóveda de piedras grises y fulgores de antiguas mareas. También vi el viaje, y el laberinto donde las encinas nevadas cuelgan boca abajo como estrellas ateridas en las noches transparentes de enero.

Las ramas se curvan con ceniza de sueño. Todo el amor que me estalla en los zapatos son unas manos que buscan tu nombre en la hojarasca.

El hombre que imaginó un dedo infinito torciéndose hasta el cielo escapó sin quererlo a la gravidez de lo terreno. El pozo, sin embargo, surgió de la nada como círculo completo donde encerrar el contorno verdoso de la luna.

Hay hombres que acarician las aceras como si anduvieran bajo el agua suspendidos de las vigas de la tierra. Son los hombres que escuchan con un tercera oreja el fragor bajo el que late el pulso sigiloso de las horas.

Es cierto que los cielos rasos se hacen de instintos no desahogados. Es cierto que no son fiables los pensamientos engendrados en los sótanos: Eres sin remedio animal del instante o memoria que condena a un horizonte irredento.



Quién soy significa en realidad qué desencuentro enconó el roce de los huesos, en qué momento la brisa caliente de julio descabaló el abracadabra de las pasiones, qué azar previsible trastocó la inocencia de los lagartos, quién teje sueños de alas en las sábanas tendidas al viento.

Las preguntas despuntan los signos y se deslizan por el cuello como insectos de arena purificados en la sombra de los abedules. Las preguntas llegan a los dedos y se deslíen como jirones de niebla que buscan en los párpados el brillante aleteo de unos élitros.

La mirada se curva en el vientre del humo que heredó de los muros su inútil consistencia. La muerte es el anillo sepultado en los troncos o unos ojos negrísimo sumidos en la obsesión del bosque. Sobre la línea de árboles, el horizonte se expande en cinta de seda para que cuelguen boca abajo las sinistras corcheas de los cuervos.

El silencio desenreda la cabellera del cielo donde giran las almas secretamente solas. El ángel de la espadaña tañe el bronce con badajo de pluma, pero nadie escucha la nota que avanza como un blando eco sobre ese inmenso mar paralizado en llanura sin otros.

El amor es rocío en los pétalos y aullido en las raíces. Por eso las bocas amantes proclaman la húmeda proximidad de los cuerpos, por eso la baba de las encías delata el venero del que manan las flores, los astros, otros besos.

Conviene no olvidar que todos los caminos parten de un país abrumado en el centro del cerebro, conviene saber que el que escarba en el estero vislumbra a lo lejos la curva de unos senos cenicientos y el claroscuro de las hojas bailando en la cara.

A veces siento que me piensan desde el otro lado. Quizás es la luz, o el viento que asperja en la noche el perfume de los magnolios. No importa. Nada importa mientras el cielo vibre un día más en los rayos que aúnan la piedra y el cielo, mientras el ocaso se adormezca una última vez en el seno concertado de los vientos.

Juan José Cabedo Torres